





# Maleficio

*El brujo y su sombra*

— P A R T E II —

*Maleficio: el brujo y su sombra. Parte II*

© Claudia Andrade Ecchio.

© Loba Ediciones Ltda.

Badajoz 100, oficina 523  
Las Condes, Santiago de Chile.  
Teléfono: (56 2)23681830  
[www.lobaediciones.cl](http://www.lobaediciones.cl)

Diseño y diagramación: Carolina E. Varela

Ilustración de portada: Welder Wings

Registro de propiedad intelectual: N° 2025-A-2331

ISBN: 978-956-7388-28-8

Primera edición: mayo de 2025

Impresión: Donnebaum

Impreso en Chile/ *Printed in Chile*

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la portada, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

# Maleficio

*El brujo y su sombra*

— P A R T E II —

CLAUDIA ANDRADE ECCHIO





# ALEJANDRO

*Lo semejante atrae lo semejante*  
(Escritos de Salamanca)

## Hace 10 años

El sepulturero me recibe con la misma indiferencia de hace cuatro años. Me mira de soslayo, levanta su brazo izquierdo a modo de saludo, recoge unas herramientas, las coloca al interior de una carretilla y desaparece zigzagueando entre los estrechos pasillos del cementerio municipal de Salamanca. No hay nadie más. *Salvo los muertos*, dice mi sombra. Esos me tienen sin cuidado.

Me detengo frente al nicho. Está limpio y de un blanco immaculado. *El tipo ha hecho su pega*. Más le vale. Las cenizas de mi madre merecen respeto. Tenía catorce años cuando la maté para cumplir con los ritos antiguos; solo así podría ir al sur a asesinar al otro hijo de mi padre. En ese entonces, Isabel no quiso involucrarse. *Inusual. Podría haber vengado a su hermana, aprovechando que regresaste herido*. Quizás quería que tuviera más experiencia. *Como si eso fuera necesario*.

Me encojo de hombros mientras miro la inscripción del sepulcro y pienso en la mirada serena de mi madre cuando me recibió en su taller esa mañana, a sabiendas de que había ido a matarla. «Haz lo

que tengas que hacer», me dijo, sin oponer resistencia. Y lo hice. Pero debo confesar que, entre todas mis víctimas, ella tiene un lugar especial. *Nunca se dio cuenta de quién eras realmente*. No. Quizás sea eso lo que me gustaba de ella. *¿Su ingenuidad?* Su devoción.

Hay un leve cambio en la atmósfera. *La bruja está entrando al camposanto*. Lo sé. Su andar pausado, casi majestuoso, unido al roce de su faldón con la tierra seca, me embelesa de una manera difícil de definir. *Es el efecto del amarre*. Probablemente. Un artilugio antiguo, incluso básico, pero eficiente. A diferencia de mi madre, que se dedicó a un arte más mundano a base de hebras de alpaca y vicuña, ella prefirió seguir la tradición familiar. No la de mi padre con sus esculturas de muerte, sino una más subterránea, genuina y ominosa. *Cercano al arte de Juana, la primera bruja de Salamanca*. Incluso más antiguo. *Como el nuestro*. Sí.

Sigo observando el nicho, tratando de no mostrar interés por su visita, pero esa actitud pueril no escapa a su escrutinio. *Le gusta que seas así*. A veces, cuando tiene ganas de jugar. *En eso se parecen*. *¿Solo en eso?* Mi sombra hace un chasquido y su arena de muerte nos rodea a los dos. Ella, después de saludarlo con una ligera inclinación de cabeza en actitud respetuosa, se coloca a mi costado izquierdo, muy cerca de mi cuerpo y mira el sepulcro no sin cierta curiosidad. *Ricardo nunca se dio cuenta de quiénes eran las hermanas del valle del río Chalinga*. Tú tampoco le advertiste. *¿Y perderme la diversión?* Eso nunca. Mi padre creía ser el heredero de la brujería de la zona y, en su ceguera, no se percató de que solo fue un peón más. *¿Y tú serás el siguiente?* Mi madre quiso que lo fuera. Su hermana es... diferente.

A sabiendas de lo que me provoca su contacto, me roza el cuello desnudo con las yemas de sus dedos. La dejo hacer.

—Alejandro...

—Mi madre no se merece otro lugar —respondo, anticipándome a su petición.

—Todas las brujas de la familia han descansado en El Señor de la Tierra, en lo más recóndito del valle. Este lugar... —Su mirada

displicente recorre el cementerio hasta posarse en el nicho nuevamente—, simplemente, no es el adecuado.

—Confió en mi padre y ni siquiera fue capaz de matarlo por sí misma.

—Así y todo.

—Que la justifiques agrava la causa.

—No lo hago por apego, si a eso te refieres.

—Me defraudarías mucho si fuera así.

—Son las ancestras quienes exigen sus cenizas de vuelta —me dice en tono de advertencia.

—Tus ancestras, no las mías.

—Te guste o no, en este asunto deberás respetarlas.

Mi sonrisa no le agrada en absoluto, pero no por ello deja de usar su arte. Los suaves movimientos de sus dedos sobre mi nuca intensifican aún más el embrujo. *¿Por qué se lo permites?* Porque quiero que piense que me tiene bajo su control.

—Si estoy aquí es para cumplir su mandato —recalca.

—Entonces eres menos independiente de lo que creí.

—Todos somos parte de algo mayor a nosotros mismos.

—Yo no.

Mi voz se vuelve más áspera aun contra mi voluntad, y ella aprovecha mi descontento a su favor. Sus dedos descienden desde mi cuello, pasando por mi espalda cubierta por una delgada polera, hasta el cinturón del jeans, donde se detienen. Estoy tentado a sacar el corvo que guardo en el bolsillo lateral, el mismo con el que maté a mi padre, pero el ligero olor a sangre seca que despide su cuerpo me excita incluso más que la suavidad de su tacto.

—Mi madre se apegó a mí, haciéndome su muerte más difícil —le digo solo para saber qué piensa sobre el tema.

—Quien creó el lazo fuiste tú, no ella.

Me hago el ofendido y me aparto de su lado con violencia. Incluso simulo que deseo enfrentarla, pero, ante la mirada feroz que me devuelve, le hago creer que desisto. *Ella intuye que estás fingiendo.* Puede ser. Por ahora, quiero que siga pensando que el amarre que mi

madre le permitió hacerme de niño me tiene ligado a su voluntad.  
*¿Hasta cuándo?* Hasta que me aburra de su juego.

Me vuelvo más dócil solo para complacerla.

—Nada me ligaba a ella —le aclaro.

—¿Cuál es tu excusa, entonces?

—Más bien fue por... —dejo sin terminar la frase a propósito.

—Por mí.

—Porque te respeto.

Su risa cantarina me desconcierta.

—A veces olvido quién eres.

—Solo cuando te conviene, Isabel.

Intenta replicar, pero se abstiene. Que la haya llamado por su nombre la descompone. Mientras mi madre estuvo con vida, me pidió que me dirigiera a ella como “tía” para guardar las apariencias. «Tal como a Carolina le dices madre y a Ricardo, padre. Conmigo te tienes que comportar igual, Alejandro». *Una de las cosas que me confundieron sobre tu verdadera identidad era que tuvieras familiares.* Había que guardar las apariencias, hasta contigo. *Reconozco que solo cuando me convertí en tu sombra me di cuenta.* ¿Es un cumplido? *Tómalo como te plazca.* Viniendo de ti, me siento halagado. *¡Bah!* Ella, a pesar del poder que ostenta, tampoco se percató de inmediato. *Pero lo hizo y te amarró.* Por un tiempo. *¿Crees que vino por eso?* No en esta ocasión. Si bajó del valle es para que hablemos de otra cosa. De mi madre, y por supuesto, del hijo bastardo de mi padre. *Y del otro brujo también.* Cierto. Tendremos entretención por mucho tiempo. *No espero menos de ti.*

Cuando mi sombra se distrae con un antiguo conocido que anda merodeando entre los nichos, ella me habla, aunque sin mirarme.

—Los restos de Carolina no pueden quedarse aquí —insiste, usando su verbalización por primera vez.

—Te propongo un trato —insinúo y noto inmediatamente que disfruta, hasta cierto punto, que desafíe su poder—. Nueve meses más. Después de eso, yo mismo llevaré las cenizas a sus tierras.

—Nueve meses a partir de hoy. Ni uno menos. Ni uno más.

—Hecho.

Isabel me observa con detención, como midiendo la veracidad de mi juramento.

—El Supay es testigo.

—*Lo soy.*

—Si no cumples...

—¿Piensas que puedo desafiarte? —le digo solo para molestarla.

—Lo acabas de hacer.

El amarre se activa y me lacera la muñeca izquierda. Trato de permanecer impávido, sin demostrar el dolor que me provoca, hasta que me rindo. La miro con una expresión de entre rabia y súplica, sin resultados. Solo cuando me arrodillo a sus pies se detiene. El sudor me nubla la visión, pero ni siquiera puedo quitármelo de la cara y a lo único que atino es a palparme la zona de la quemadura, tratando, infructuosamente, de atenuar el daño. Mientras lo hago, sus dedos acarician mi pelo y, nuevamente, no puedo evitar esa sensación de sosiego que solo me permito con ella.

*Sigo sin entender por qué la dejas hacerte daño.* Quiero experimentar. Parecer invencible no tiene gracia. *Ninguna.* Al matar a mi madre, cumplí el último de los ritos para convertirme en un brujo según las leyes ancestrales. *No hacía falta.* Lo sé, pero te insisto, tengo que aparentar. De lo contrario, las otras familias se pondrían en alerta, especialmente las brujas de Talagante. *Isabel es parte de ese juego también.* Por supuesto. *Pero, te guste o no reconocerlo, la necesitas, incluso más que a Carolina.* Ella lo sabe y se aprovecha. Dejemos que disfrute mientras tanto. *Porque tiene los días contados.* Como todos quienes se cruzan por mi camino.

—Acompáñame —me dice, y simulo que no puedo resistirme a su verbalización—. Del otro asunto, prefiero que hablemos en tu casa.

Abandonamos el cementerio en silencio y caminamos hacia el centro de la ciudad por Matilde Salamanca. Una anciana nos ofrece unas hierbas para infusiones que ella acepta haciendo una leve reverencia. Otra nos regala unos panes recién horneados. Y una tercera, un frasco de mermelada casera. Cuando cruzamos la plaza

de armas y enfilamos por Manuel Bulnes, un paisano nos divisa, baja la vista en señal de reconocimiento, nos saluda con la mano y sigue de largo. Ya en el camino Santa Rosa, recibimos disímiles muestras de cortesía. Miradas temerosas, silencios repentinos, cruces de calle intempestivos, unos ladridos sordos y un último ofrecimiento de mote con huesillo que Isabel recibe complacida.

—¿Te sorprende tanta ofrenda? —me pregunta a poco de llegar a mi vivienda.

—A veces. Conmigo son más parcos.

—Es por tu padre. Todavía creen que anda merodeando.

—Y eso que lo maté hace rato.

—Su brujería sigue presente a través de su sombra. —Se gira levemente hacia atrás—. Es a ti al que sienten, Supay.

—*Seguramente... Soy irresistible.*

Isabel se sonríe y, justo antes de ingresar a mi morada, con la mano ya extendida hacia la reja de madera, me dice:

—Se acostumbrarán a tus modos. Ten paciencia, Alejandro.

La observo con suspicacia. Ella no me toma en cuenta y sube los tres estrechos escalones de cemento que llevan a la casa. No ingresa al interior, sino que se sienta en una de las dos poltronas de mimbre ubicadas en el cobertizo. Con la mirada me indica una pequeña mesa redonda del mismo material. Se la acerco y deposita sus obsequios, salvo el mote con huesillo que comienza a degustar sin convidarme.

—Los regalos no se comparten —me dice después de un sorbo.

—No iba a pedirte.

—Aunque con este calor, ganas no te faltan.

Me quedo de pie, observándola. Si bien es parecida a mi madre, hay una característica que la hace completamente diferente. No tiene sombra. Cuando nos visitó después de que matara a mi padre, no pudo ocultar su molestia cuando vio que su sombra era ahora la mía. No era necesario, me dijo en un momento a solas. Y aunque respeta al Supay, como ella prefiere llamarlo, no baja la guardia ante su presencia. *Es por Juana. La primera bruja a la que serví. A ella la*

*traicioné tal como lo hice con Ricardo.* Por razones distintas. *Los motivos no importan.* Cierto. En Salamanca nada se olvida.

—Siéntate —me dice, indicándome la otra poltrona.

—Prefiero seguir de pie.

—Siéntate —ordena.

Y ante un ligero cosquilleo proveniente de mi muñeca herida, opto por no contrariarla. Deja el vaso de mote a medio tomar sobre la mesa, se limpia las manos en su faldón y estira el brazo derecho con la palma hacia arriba.

—Lo quiero de regreso.

—¿Qué cosa?

—No te hagas el tonto. Quiero el talismán de Carolina.

—Yo la maté, no tú —le digo, mientras mi sombra se posiciona detrás de mí, desafiante—. Nuestras reglas son claras al respecto.

—Es una reliquia familiar —insiste.

—¿Acaso no soy parte de la familia?

—Me pertenece a mí.

—¿Vas a matarme si no te lo devuelvo?

—Sí.

—No es necesario que lleguemos a eso. Te propongo otro trato.

—La noto incómoda, pero prefiere escuchar la propuesta antes de precipitarse—. Me quedaré con él hasta que nazca la siguiente bruja de la familia. Solo a ella se lo entregaré.

—¿Y por qué debiera aceptar tu ofrecimiento?

—Porque esa niña será la legítima dueña de la reliquia.

—Por tu bien, espero que lo sea.

—Si hasta te aseguraste de antemano —le replico, tocando el amarre.

—Contigo no se puede ser imprudente.

—Nunca.

Relaja su cuerpo y, por primera vez desde que ingresamos a los terrenos de mi casa, me observa con interés. No dice lo que piensa, pero no me es difícil adivinar. *Todavía no.* Pero cuando devuelva las cenizas de mi madre, quizás. Ahora ella debe aparentar y yo quiero

seguir jugando. *Con tu hermano*. Te he pedido que no lo llames así. *Me gusta llevarte la contra*.

—Cómo te gusta perder el tiempo —comenta con desdén.

—¿Por qué lo dices?

—Tú sabes de quién te hablo. Te tomaste la molestia de ir a su casa hace cuatro años y no lo mataste.

—Decidí echármelo después.

—Su poder híbrido sigue dormido, pero más adelante vendrá por ti.

—Eso espero.

—Podrías haber acabado con el asunto de una buena vez.

—¿Y perderme la diversión?

—Hay prioridades, Alejandro —dice, mientras fija la vista en la cicatriz de mi ojo.

—Ese brujo es una deshonra para nuestra brujería.

—Conuerdo. Lo que hizo Ricardo es imperdonable.

—¿Entonces?

—Hay otro del que debemos ocuparnos. Uno infinitamente más peligroso para nosotros.

—Ese sí que vendrá solito, en cambio, el brujo del sur necesitaba motivación.

—Allá tú. Yo tomaré mis resguardos.

—¿Tienes miedo, Isabel?

—¿Acaso tú no?

Levanto los hombros en señal de que me da igual, solo para molestarla.

—La arrogancia es tu única debilidad —afirma.

—No se puede ser perfecto. Sería muy aburrido, ¿no crees?

Esboza una sonrisa mientras se pone de pie. Toma sus regalos, pero deja deliberadamente el resto de mote con huesillo para mí. Es su sutil manera de hacerme obsequios. *Más bien te deja sus sobras*. Algo es algo. Además, hoy la vencí en dos ocasiones. *Las cenizas de Carolina y la reliquia*. Todo un triunfo. *No te creas tanto el cuento... Te dejó ganar a propósito*. ¡Bah! Eres un aguafiestas.

Ya en la escalinata, se gira, hace una reverencia a mi sombra, y sin quitarme la vista de encima, me dice usando su verbalización:

—Los diablos no son inmortales. Ya debieras haber aprendido tu lección, Mandinga.

Llevo mi dedo índice derecho a la boca en señal de que guarde silencio, aunque me gusta cómo pronuncia uno de mis nombres. *Con respeto*. Como debe ser.

—Nueve meses más —digo.

—Ni uno más. Ni uno menos.

El amarre se activa, pero esta vez no me causa dolor. Es su forma de despedirse. Solo cuando desaparece de mi vista, tomo el vaso con mote y lo saboreo con fruición. La próxima semana partimos a Concepción. *A reunirnos con Miguel, el brujo de Tenaún*. Quiere mi apoyo para crear una organización de brujos y, de paso, concretar su venganza. *¿Se lo darás?* Depende. Si nos ofrece un buen juego, no podré resistirme. *¿Y qué harás con el otro brujo? Ese a quien Isabel tanto teme*. No puedo evitar sonreír.

Que venga a mí. Lo estoy esperando.